

EN la carretera de El Escorial hacia Avila, y antes o quizá después de pasar la Casita de Arriba, puede sorprenderse una vista insólita del pueblo y del acerado monasterio, suspendidos en la luz purísima del valle, contra un Guadarrama ensimismado. Pero la Casita de Arriba, flanqueada de pinos Douglas, está cerrada, y los visitantes, Octavio Paz y María José, han de contentarse con una distante contemplación y con las explicaciones de Juan Benet sobre qué sé yo qué príncipe aficionado al lanceo y demás suertes de varas, al que su padre, airado por una inclinación que juzgaba —con ese acento que impregna las decisiones del estadista respecto al mofín que el ejercicio de su oficio crea en sus vástagos— poco propicia a las reflexiones políticas, regaló una residencia de aspecto ciertamente pompeyano, en la que quedarían sepultadas las aficiones del hijo, y de cuyos detalles los espectadores aferrados a la verja no pueden hacerse una cabal idea por el descuido de un jardinero poco avisado que situó dos enormes macetas con plantas de hoja perenne ocultando sendas esfinges al parecer bellísimas.

A falta de otra cosa, Octavio comenta la similitud de la textura atmosférica serrana con la de Méjico, no tanto en lo que se refiere a los elementos del paisaje (*allá los cerros son más cónicos; claro, son de origen volcánico, y no hay castaños*) como en cuanto a la nitidez de la línea y a la transparencia del aire, con lo que se retoma el hilo de la conversación mantenida en El Escorial, alrededor de los primeros *scotches* y del paralelismo entre Méjico y España. *Méjico es una España en grande, en desmesurado, con lo que los problemas, similares en sus planteamientos, se agigantan al manifestarse en un cuadro de agudos contrastes y cincuenta y cinco millones de habitantes. Un amigo mío, economista, me dijo que los modelos de desarrollo de ambos países son prácticamente idénticos* —añade Juan al juicio de Octavio—. *Si, pero fíjense que ustedes cuentan con algo importantísimo, como es un mercado europeo para la mano de obra, mercado del que Méjico carece, pues lo sería el de los Estados Unidos, que está vedado. Y Méjico, como sociedad, también es muy parecido a España; ahora, las diferencias son de tal índole, que dislocan todo posible parale-*



Octavio Paz, visto por Antonio Gálvez.

UNA JORNADA PERFECTA CON OCTAVIO PAZ

Eduardo Chamorro

lo. El rico mejicano lo es en mucha mayor medida que el español, y con mayores privilegios, por lo que el pobre, en consecuencia, vive en una mayor miseria.

Las carencias del monarca

Pero, en realidad, lo que interesa más a Paz este sábado bellísimo (*no os podéis quejar de los honores que os hace la Naturaleza, dijo Juan un par de veces*) es El Escorial, y no tanto el tangible y pétreo, cuanto el arquetipo subterráneo que se oculta tras el ceñudo equilibrio de las pizarras y las agujas.

Octavio Paz es un hombre joven, de sesenta años, de mediana

estatura, cabello negro compacto, manos pequeñas y redondeadas y mirada levemente azul, que gana en intensidad cuando la despoja de los lentes. Sus ademanes son reposados y habla tranquilamente, contando con la confianza que su simpatía hace surgir en el interlocutor, percibiéndosele ese carácter que imprime la Carrera y que se traduce, entre otras cosas, en el expresivo y económico comedimiento del gesto, tanto como en la permisividad de que el interlocutor se produzca en su propio terreno. Se trata, por otro lado, de un hombre que, siendo un gran poeta, no permite (quizá por pudor) que esa condición se trasluzca en el diálogo, sino que la recata tras el rostro y la expresión del ensayista, del *homme de lettres* preocupado por

cualquier inmediata o cotidiana manifestación de lo culto, y que goza con una erudición que crea a cada instante.

Atravesando El Escorial, se inquieta e inquieta singulares por menores sobre la obra y su artificio mental, preguntando cómo leía Felipe II los lienzos del Bosco (lienzos por cuya posesión llegaron a librarse batallas), a lo que ni a Jaime Salinas ni a Antonio Sarrión ni a mí se nos alcanza respuesta coherente, remitiéndole al libro del Padre Síguenza y divagando luego sobre las misteriosas proporciones del triángulo y el cuadrado, celadas por signos ahora impenetrables. Y de pronto, la cualidad de poeta que posee este hombre simpático y algo erudito, se funde con la del ensayista inquieto y educadamente alborozado: *Es curiosa y significativa la tremenda dicotomía que se da en Felipe II, un hombre que gozando de las prendas que procuran las virtudes cardinales de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza (y éstas es obvio que las tenía), carecía de aquellas otras procedentes de las teologales: fe, esperanza y caridad. Es algo curioso y un punto inhumano.*

Horas al pie de la Machota

La Machota es una peña gigantesca que reposa apacible e imperturbable, vigilando Zarzalejo, en donde Juan tiene una casa a la que llegamos a las dos y media o tres, a punto de trasegar un pisco riquísimo preparado por Rafaela, enigmática mujer, cuñada de Juan y residente en Chile durante treinta años. El día persiste en su belleza; contrastada por la oscuridad suave de la biblioteca, atendiendo a un grabado de Solana bastante salaz y que debe valer la tira.

Después del examen detenido, y ante los lomos de una extensa literatura militar, Octavio nos cuenta una historia preñada de extrapolaciones. *Le pasó a un amigo mío, en la India; algo increíble. Descubrió en una pequeña excursión un castillo abandonado, habitado el siglo pasado por un destacamento inglés de guarnición. Mi amigo se internó por las salas de la abandonada fortaleza y encontró el suelo de una de las dependencias cubierto de botones dorados. Cogió uno para examinarlo y leyó, con sorpresa, Fifth Regiment. Peninsular*

COLECCION



ESPIRAL

OCTAVIO PAZ

Teatro de signos/Transparencias

Una obra gozosa, una fiesta moderna, que pone en juego toda la obra anterior de Paz y sólo exige del lector entregarse al juego erótico, al placer de la lectura activa. 200 pesetas.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

El genial autor cubano visto por Luis Gregorich, Julio Ortega, Julio Matas, Emlr Rodríguez Monegal y David Gallagher. Serie figuras. 200 pesetas.

COLECCION CIENCIA

MARCEL COHEN

Manual de sociología del lenguaje. 250 pesetas.

F. H. GEORGE

Introducción a la semántica. 125 pesetas.

DANIEL GUERIN

Fascismo y gran capital. 300 pesetas.

V. I. LENIN

Materialismo y empiriocriticismo. 125 pesetas. 416 páginas. El imperialismo, fase superior del capitalismo. 75 pesetas.

COLECCION ARTE

JULIAN BECK

Living Theatre. 200 pesetas.

VLADIMIR PROPP

Las raíces históricas del cuento. 350 pesetas.

NOEL SIMSOLO

Jerry Lewis. 125 pesetas.

DZIGA VERTOV

Cine-ojo (textos y manifiestos). 150 pesetas.



EDITORIAL
FUNDAMENTOS

Caracas, 15.
Madrid-4
Teléfono 419 96 19

Ahora en la FERIA DEL LIBRO. Caseta 130 (Dos módulos).

UNA JORNADA PERFECTA CON OCTAVIO PAZ

War. Se trataba de uno de los regimientos que, a las órdenes de Wellington, habían hecho la guerra de España, entrando desde Portugal y saliendo por La Coruña; de los que combatieron en Bailén. ¡Qué cosa tan curiosa!

De camino hacia el comedor, Octavio se interesa por un castaño enano, de Indias, según nuestro anfitrión, lo que da pie a una divagación sobre lo que Hegel opinaba respecto al Nuevo Mundo. Decía que de plantarse semillas europeas en América —recuerda Juan—, brotarían plantas con frutos probablemente gigantes, pero de sabor escasamente placentero. Claro —asiente el poeta mejicano—, es que a esa cabeza alemana le causaba un gran problema el no dar con el lugar en que situarnos a los americanos dentro de su sistema. Desde luego, llegó a decir cosas increíbles. La comida se inicia con unos riñones perfectamente adecuados, y Paz nos dice que su desconocimiento de la cocina española no es absoluto gracias a que sus abuelos, españoles, vivieron siempre en una casa a la española, en la que se comía siempre fabada, cocido, paella y demás recetas tan definitivamente tremendas. Luego, él y Jaime Salinas recuerdan cómo fueron las primeras noticias que sobre Carpentier se tuvieron en España, donde se le tenía por francés, allá cuando lo del premio Formentor. Y como ya estamos metidos en harina, yo le pregunto por Juan Rufo. Eso sí que es tremendo. No escribe, ni ve a nadie, ni aparece por ningún sitio. Vive —él es funcionario— de una especie de pensión que le pasa el Gobierno. Yo creo que le pasa lo que también, en menor medida, le pasa un poco a García Márquez. Rufo no ha podido superar su propia obra. Pedro Páramo pesa sobre él como una losa. Benet estima que la cosa es comprensible, tratándose de un libro tan admirable, en lo que estamos todos de acuerdo, y muy superior a otras muestras de aquella literatura, posteriores, que en función de una promoción sagaz —aparte de sus merecimientos— hallaron mejor eco. De ahí pasamos a *Los de abajo*, de Azuela, encomiada de inmediato y casi a voces por Juan y Octavio, con el asentimiento, siempre más comedido, de Jaime, mientras Sarrion

y yo nos cruzamos miradas de comprensión recíproca de las lagunas que informan nuestra educación. Y a Muñoz, ¿lo conoce usted?, me pregunta Paz de improviso, consiguiendo que mi ignorancia al respecto me coloque en un brete total. Pues debería. Es magnífico, magnífico. Tiene una novela, se llevaron el cañón para Bachimba, que es lo más admirable que se ha escrito sobre la Revolución Mexicana. Además, está editada aquí, en Austral. (Cosa que comprobé pocas horas después.)

Y ya en el jardín, mientras Jaime y los críos juegan al croquet, Paz nos habla de su amistad con Luis Cernuda, quien, tras conocerle a raíz del Congreso de Escritores celebrado en España, le escribió desde Londres al iniciar el exilio. Nos cambiamos gran número de cartas. Las suyas eran bellísimas y muy interesantes; yo creo que merecería la pena publicar esa correspondencia, y claro, ¿cómo no?, también me gustaría ver publicadas las mías. El caso es que Cernuda no guardaba las cartas que recibía —¡ffjense, que irresponsable!—, ni sacaba copia de las que enviaba, con lo que resultaría muy difícil reconstruir ese material tan valioso. Quizá Cernuda hacia lo que Proust —interviene Sarrion—, que escribía cartas y luego no las mandaba.

Y con el tema de esos testimonios, probablemente desaparecidos, pasamos al de las memorias de Neruda, publicadas recientemente, que a juicio de Paz están plagadas de inexactitudes, tan plagadas, que el poeta mejicano, a un paso del Premio Nobel, parece dispuesto a redactar las propias. Y sin perder un ápice de su belleza, la tarde comienza a declinar, ofreciendo un fondo cárdeno a la línea purísima que el reactor trazara en la esfera superior. La conversación comienza a deshilacharse, y el poeta Sarrion se aleja cogido del brazo del poeta Paz, al que cuenta sus cosas con esos ademanes tan suyos, tan perentorios y tan de canchero. Juan me dice: Hay que ver cómo son estos poetas, mientras nos ponemos en disposición de iniciar el viaje a Avila, pensando en las chuletas que nos meteremos entre pecho y espalda y en lo bien que lo estamos pasando. Desde luego, una jornada perfecta. ■ E. CH.